

- CUADERNILLO DE POESIA COLOMBIANA -

45

Victor M. Londoño

EDICIONES DE

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

P R E S E N T A C I O N

Por Abel García Valencia

Aislada, fragmentaria y dispersa, tal como todavía se encuentran ciertos antiguos torsos de estatuas y columnas marmóreas, así también la poesía de Víctor M. Londoño anda perdida y solitaria entre el bosque virgen de las letras de América. Por su inspiración atemperada y suavemente contenida, por la exactitud precisa de la forma, por la perfección en los acordes y en la modulación de los acentos, la lírica de este poeta constituye un raro ejemplo de discreción y armonía dentro del bullicio de las otras aves que atruenan los ámbitos del continente.

En Colombia, sólo Guillermo Valencia supera a Londoño en la emoción pausada, la vibración sonora y el ritmo lento y solemne del verso. Es que en nuestra poesía abunda cierta especie de versificantes, flor de todas las extravagancias, almacén del mal gusto, cifra de la ignorancia, sentina de ripios, muestrario de ineptias, confusa mezcla de sollozos, obscenidades, gritos de gozo y alaridos, ensordecedor vocerío que no deja oír los acentos nobles de unos cuantos poetas verdaderos, perdidos, desconocidos y solos en la selva oscura del mundo. Pertenecen, pues, Valencia y Londoño a la categoría de los poetas únicos y selectos, de aquellos que condensan todo el zumo de la perfecta inspiración en sus estrofas sin defectos.

La lira de Londoño, pulsada con la delicadeza y el sentimiento del artífice que sabe atemperar y coordinar sus ansias y los sobresaltos de su espíritu, es flor exquisita de imponderable pureza y excelencia. Desde su aparición en la poesía colombiana se anunció Londoño como expresión estilizada del parnasianismo. En "El Colibrí", una de sus primeras composiciones, resalta ya la irreprochable factura de sus versos. El artista de verdad se acentúa y define sus rasgos en el armonioso canto a José Asunción Silva, "apoteosis pagana de Adonis y bajorrelieve helénico" merecidamente exaltado por el Maestro Antonio Gómez Restrepo. Y vinieron después otros, y otros, y otros nobles y bruñidos poemas que son perfectas esculturas, olímpicos relieves consagrados al amor y la belleza perennes.

También como traductor realizó Víctor M. Londoño versiones admirables, en las cuales se advierte la discreta proporción entre el pensamiento del poeta original y el de su intérprete. Obedecen a las mismas leyes, además, el ritmo y la ordenación de las imágenes, de modo y manera que es perfecta la equivalencia estética. Verlaine y Heredia entre los franceses, fuera de otros insignes poetas antiguos y modernos tuvieron la exacta producción de sus ideas y sentimientos en los versos de Londoño. E hizo éste versiones libres e imitaciones tan extraordinarias de algunos autores, que no es posible olvidar entre ellas la "Elegía de Catulo", célebre desde hace veinte siglos. Con toda razón Montaigne, cuando murió su amigo La Boitie, para lamentar la triste memoria de éste recordó y repitió aquella dulce elegía, plena de dolor y de ternura melancólica. En ese canto breve y emotivo se transparenta en forma inimitable, viva y patente el sentimiento de la muerte y de la ausencia.

Cincelo Víctor M. Londoño verdaderas esculturas, porque así, tallados y modelados como los mármoles resultan sus versos, pero su vida fue también, como su poesía, una obra de arte. Su existencia corrió hasta el fin como los ríos tranquilos, siempre espontánea, serena, plácida, límpida.

EL COLIBRI

Sobre la flor de los naranjos crece,
y en ronda queda o revolando aprisa,
en el dorado estambre se divisa
el colibrí, que tiembla y resplandece.

Con zumbo suave en derredor se mece
simulando el suspiro de la brisa;
en la llama del cámbulo se irisa
y en la verdura del nopal florece.

El sol, la miel, el voluptuoso anhelo
prestan vigor a sus volubles alas;
es un tributo de la tierra al cielo.

Tal el poeta en su girar de abeja:
en frágil haz de refulgentes galas
toda la luz de la creación refleja.

A M O R E S

Guarda también mi corazón amores,
sé querer más de lo que piensas tú:
tengo unos tiestos de silvestres flores
y un cariñoso pajarillo azul.

Aquéllas vierten delicioso aroma,
de ése que suave somnolencia da;
este me arrulla, y cuando el alba asoma,
a mi hombro salta con inquieto afán.

Ellas hermosas, inocentes, buenas,
saben de amores, de perfidia nó;
el que adivina mis ocultas penas,
me besa y canta con sentida voz.

Cuando ya duerman corazón y amores,
sé que en las tardes mirarás aún,
sobre mi tumba, las silvestres flores,
en mi ventana, el pajarillo azul!

OFRENDA A GULLITA

Cuentan que en alta noche cerca de tu ventana,
un príncipe lejano que suspira de amor,
deshoja un ramillete de claveles de grana,
y sin romper tu sueño, murmura esta canción:

“Dulce niña, no temas que mi labio indiscreto
interrumpa el encanto de tu sueño fugaz;
las estrellas del cielo conocen mi secreto,
las estrellas pudieran decírtelo quizás...”

“Dulce niña que duermes, sólo verán tus ojos
corolas deshojadas cerca de tu balcón;
son pétalos de nieve que se tornaron rojos
y para ti nacieron sobre mi corazón”.

E F I M E R A

Una de esas muchachas ruborosas
que parecen venidas de un país
donde sólo hay azules mariposas
sobre blancas macetas de jazmín,

—Hazme versos de amores— me decía,
que ya llegan las flores del abril,
y te haré una guirnalda cada día
con las rosas más bellas del jardín...

Exhalando la vida suavemente
sobre su hombro de nácar me dormí,
y los versos cruzaron el ambiente
con los castos efluvios del jazmín...

Está muda la niña ruborosa,
ya no quiere mis cánticos oír,
y en las alas de alguna mariposa
va a marcharse de nuevo a su país.

Ya las tardes tristísimas volvieron,
ya no pasan las brisas del abril,
y en sus débiles tallos se murieron
las más bellas corolas del jardín.

S I E S T A

— I —

La nube se rompe y el sol que se inflama
enciende los valles, la cumbre remota;
y al fondo de selvas y márgenes brota
calores de incendio su tórrida llama.

Furtiva serpiente de vívida escama
rastreado en los setos los tallos azota;
partiendo con gesto la tierna bellota
colúmpiase el mono prendido a la rama.

Vecino del roble copado y esbelto,
el cámbulo esparce sus flores bermejas
orilla del cauce terrífico y hondo.

Las aguas que ruedan en curso revuelto
cual ciego rebaño de blancas ovejas
del muro roqueño se lanzan al fondo.

— II —

Labriegos regados, cual loca bandada
de mirlas vivaces, al suelo movido
arrojan los granos; del bosque tupido
se enreda en las hojas su alegre tonada.

Se llena de gotas la frente tostada
de viejos gañanes; el brazo fornido
el último hachazo descarga rendido
y sola en el surco relumbra la azada.

El buey desyugado, la rústica gente
orillan el bosque, y en rudo concierto
de risas y perlas se sientan ufanos.

El grave labriego se enjuga la frente;
y en medio del surco tostado y abierto
cargados de vida revientan los granos.

A JOSE ASUNCION SILVA

Tú, predilecto de los dioses, viste,
serena el alma y con esquivos ojos,
la fértil rama de laurel, los rojos
mirtor robados al amor. Naciste
para llevar sobre la frente rosas
de aroma extraño y de misterio llenas,
para besar las sienes de las diosas
bajo los sacros pórticos de Atenas.

A tu velado mirador, envuelto
en vaga red de hiedras tembladoras,
gala del rojo cortinaje suelto,
viste llegar en las dormidas horas
en que al reír de alborotado coro
furtiva nota en los espacios yerra,
musa gentil, cuya sandalia de oro
apenas rasa el polvo de la tierra.

Mas la guirnalda que tejió su mano
pobre la hallaste y sin matices; vano
fue su esplendor de juventud, que grata
sólo te fuera la corola inerte
en cuyos albos pétalos desata
soplo de aroma arrobador la muerte.

Sólo esa extraña viajadora esquiva,
de frente blanca y de pupilas graves,
que el sueño infunde con sus labios suaves
y ama a la hermosa juventud altiva,
marcó tu asilo con su pie liviano;
y cabe el lecho, en el pesado muro,
vino a colgar con sigilosa mano
su leve manto de crespón oscuro.

Regó en tu pecho sus guedejas blondas,
como sumida en amoroso dejo;
bañado el rostro en límpido reflejo
bajo el albor de sus miradas hondas,
—¿Por qué la noche, le dijiste, tarda?

Es para ti mi juventud gallarda,
mi pecho esquivo a los amantes lazos.
Ya no ambiciona mi apolínea frente
fácil lisonja de caricia ardiente;
quiero dormir bajo la paz del cielo,
pero dormir en tus mullidos brazos
libre de insomnio, en tálamo de hielo.

E L E G I A

Jardín galante a cuyo efluvio
acuden ebrias mariposas,
¿por qué no llega el niño rubio
que dialogaba con las rosas?

Vagan en torno de las lilas
nocturno aroma, aliento blando;
y mientras tañen las esquilas
reza la fuente sollozando...

Gruta fragante donde giran
sombras amadas, sé discreta
para las almas que suspiran
bajo el crepúsculo violeta.

Arbol repuesto cuyas frondas
tejieron bóvedas propicias;
afable espejo de las ondas,
viento cargado de caricias...

Jardín sin alma, no florezcas
para los ojos maternos
que vieron tantas bocas frescas
y tantas manos espectrales!

Ruedan los pétalos ardientes;
en el crepúsculo afligido
habla de pálidos ausentes
la flor exangüe del olvido...

Deshója el cáliz de tus rosas
y ante el arcano de los cielos
cúbre tus éras silenciosas
de margaritas y asfodelos...

O F R E N D A

A. Bonjean

Anhelo ser la campanilla blanca
que se adormece a los nocturnos lampos:
 hay algo de tu alma
 en la flor de los campos.

Para ti fuera el picaflor travieso
o el viudo rruiseñor de cantos graves:
 hay algo de tu sueño
 en la voz de las aves.

Quisiera ser la estrella pensativa,
cuando se arroba tu mirada en ella:
 hay algo de tu vida
 en la luz de la estrella.

A M B I C I O N

Quiero un cuartito blanco, donde llegue
la luz del alba en tibios resplandores;
que haya delante de su puerta flores
y que tu mano las cultive y riegue;

Una modesta mesa que despliegue
libros, pinceles, cartas, borradores...
y alguna mirla, trémula de amores,
que entre las plantas trepadoras juegue.

Que en las atentas noches de lectura,
cuando la quieta brisa de los campos
el aposento inunde de frescura,

para asustarme, llegues de puntillas
y ante la luz de soñolientos lampos
sobre mi hombro inclines las mejillas.

E L E G I A

Imitación de Catulo

He cruzado cien mares y cien playas remotas
para darles tributo de llanto a tus cenizas.

En la dulce mañana de tus años floridos
espigabas; un hado te robó a mis caricias.

¿Y no verte a mi lado ni volver a escucharte
en pláticas ingenuas mas dulces que la vida?

Amaré para siempre tu recuerdo. Mis cantos
le dirán a mis manes mi piadosa elegía

en que llore tu muerte, cual reclama en el bosque
al amado, la queja de Progné dolorida.

A ti el rito y la ofrenda que los fieles abuelos
a las tumbas consagran en la tierra nativa.

EL CYDNO

J. M. Heredia

Bajo el éter radioso que en los ámbitos treme,
sobre cerco de espumas, en la margen derrama
un aliento de aromas la argentada trirreme.

Y Cleopatra, vencida por la flauta canora,
como un ave gigante cuya pluma se inflama,
prevenida al acecho resplandece en la prora.

Hacia Tarso, do espera sin escudo el latino,
ella tiende los brazos cuyas líneas hermosas
en la púrpura encienden el matiz ambarino.

Invisible a sus ojos el presagio, no advierte
que persiguen su estela, deshojando las rosas,
los gemelos divinos, el amor y la muerte.

N A V I D A D

Vino para los hombres la paz de las alturas;
en el mezquino establo que domina un alcor,
tras de la acerba noche de maternas torturas,
Jesús cayó en la tierra, débil como una flor.

Música de las cosas alegró las oscuras
bóvedas del pesebre, y en un himno de amor
adoraron al niño las humildes criaturas:
un asno con su aliento, con su flauta un pastor.

Después los adivinos de comarcas remotas
ofreciéronle mirra, y en sus lenguas ignotas
al pequeño llamaron Príncipe de Salem.

Mientras en el Oriente, con pestaños vagos
dulcemente brillaba la estrella de los Magos,
los corderos miraban hacia Jerusalem.

A HELENA

Ronsard

Cuando trémula avives el fuego que destella,
hilando y devanando cabe el hogar sentada,
al modular mis versos dirás maravillada:
—Ronsard cantó mis años; yo era joven y bella.

Velando tu fatiga, te hablará la doncella,
viendo cómo se enturbia de sueño tu mirada:
—El amó tu belleza, y en su canción alada
puso tu nombre y puso toda su gloria en ella.

Yo dormiré en el césped, fantasma vagaroso,
y los mirtos oscuros me brindarán reposo;
tú, blancos los cabellos, en tu sillón rendida,

lamentarás llorando mi amor y tu desvío...
No esperes a la tarde, que fuera desvarío:
cóge desde temprano las rosas de la vida.

DIAS QUE FUERON

Alfred Tennyson

Vanos hilos de llanto que ascendéis a mis ojos
y brotáis en la hondura de un divino tormento,
¿añoráis la dulzura de los campos de otoño?
¿evocáis la tristeza de los días que fueron?

Regalados y tibios, con el tinte de nácar
de la aurora en las velas del esquife ligero
que conduce a la playa los amigos lejanos;
o apagados y tristes como el rayo bermejo
que predice el naufragio de las prendas amadas,
así claros o grises son los días que fueron.

Así lánguidos, turbios —como al alba sombría
rumor de golondrinas oye el pálido enfermo
y con ávidos ojos por la abierta ventana
mira el campo— así tristes son los días que fueron.

Caros como los besos que idealiza la muerte,
hondos como los finge sobre labios ajenos
la inútil esperanza; como el amor recónditos...
¡Oh la muerte en la vida! ¡Oh los días que fueron!...

A DON QUIJOTE

Torna el sol a brillar, noble Manchego
sobre el oro radiante de tu escudo.
De la sacra colina donde el fuego
los cantores encienden, te saludo.

La florida canción de tu alabanza
llegará como un salmo a tus oídos,
mientras sigan el hierro de tu lanza
con apático rostro los vencidos.

Por ti reina gloriosa la bizarra
noble tierra del verso y los laureles,
la que canta el amor con la guitarra
y el poema de luz con los pinceles.

Donde mezclan sus sonos los gaiteros
con los aires nativos de la sierra
y derraman la flor los naranjeros
cual cosecha de amor sobre la tierra.

Donde brunas pupilas se adormecen
cuando rompe a gemir la serenata,
y en el seno de Carmen reflorece
entreabiertos claveles de escarlata.

¡Cómo vencen tu Alhambra y tu Sevilla
con su fiesta de sangre y sus verbenas;
cómo flecha la aguda seguidilla
corazones de vírgenes morenas!

Ah! la patria del vino y los aceros
donde triunfan las torres encantadas;
donde forman conciertos los panderos
con el rayo vivaz de las espaldas.

Mientras huyen tus hijos el sosiego
coronamos de rosas tus leones;
saludamos la sombra del Manchego
con el himno triunfal de las canciones.

Y marchamos, vencidos y risueños,
tras el rudo perfil de su semblante,
con la flámula azul de los ensueños
al cansado trotar de Rocinante.

SUEÑO REMOTO

Flota mi libre espíritu que anhela
ir a la estatua armónica y bruñida
en que el divino artífice revela,
sobre contornos rítmicos, la vida.

Quiero en las jónicas márgenes errante,
interrogar del mármol los secretos;
ver el amor alígero, triunfante
bajo la sombra de álamos discretos.

Oigo el sagrado acento de la lira
a cuya nota acompasado vibro,
mientras un genio irónico me mira
desde las tersas páginas de un libro.

Torno a mi edad. En la vetusta roca
miro rodar el pórtico disperso;
ya ni los gratos númenes evoca
bajo radiantes símbolos el verso.

La roja luz del trópico palpita,
arde viviente múrice en las flores;
pero las selvas húmedas no agita
ronda traviesa de ágiles amores.

Y el turbio seno en revelar se empeña
mi desquiciado corazón mezquino,
tal como al dueño del festín enseña
su fondo oscuro el ánfora de vino.

IL PLEUT

Paul Verlaine

¿De dónde ha venido a mi pecho
tan larga y oscura aflicción?
La lluvia replica en el techo,
el llanto resbala por mi corazón.

Sobre los aleros sonoros, las gotas
descienden, descenden en hilo fugaz...
¡Cuán dulce a las almas ignotas
su rítmico ruido tenaz!

Ignoro mi pena sombría;
el odio, el amor olvidé;
suspira la pobre alma mía,
suspira... y no sabe por qué...

M A G D A L E N A

— I —

Mientras la cumbre del Hermón lejano
sobre el azul del cielo se abrillanta,
Jesús reposa la rendida planta
bajo la sombra del hogar pagano.

Entre el verdor del olivar, ufano
grasos racimos en sazón quebranta
el hijo alegre de Naín, y canta
Ruth, en las eras recogiendo el grano.

Sirven las viandas, y la faz discreta
posa en el pecho y mudo permanece...
Habla a su Padre a solas el Profeta!

La vaga turba que sin fe le nombra,
deja el portal y en grupos se guarece
bajo las palmas de apacible sombra.

— II —

Ante el pórtico humilde se demora,
como suele la mansa cervatilla,
la que el huerto de Enganddi maravilla
y la miel de los besos atesora.

Es la hermosa mujer, la pecadora
de la tierra magdánica. Sencilla
a las plantas del Justo se arrodilla
y las unge con óleo mientras llora.

De sus lágrimas tibias queda el rastro
en las copas fragantes del unguento
que destila del cáliz de alabastro.

Y al mirar su cabello en abandono
sobre el canto del duro pavimento,
el Profeta le dice: —¡Te perdono!

F L O R E A L

En la nupcial mañana, cuando los blancos tules
en sus pliegues recaten tu caballería rubia,
aromosos jazmines y violetas azules
en tus dorados rizos floten como una lluvia.

Para tu frente un gajo de laureles severos,
Atleta a quien el triunfo del circo galardona,
bizarro como Aquiles, el de los pies ligeros.

Y para ti, mancebo que a la muerte sonríes;
para ti una corona
de claveles sangrientos y rosas carnesíes.

O R F A N D A D

Descalzo y lento por la calle un día
pasaba un niño, y sin querer, delante
de una vidriera levantó el semblante
y hubo en su pecho un raptó de alegría.

Pensaba el pobre que tocar podría,
viéndoles cerca, en el dorado estante,
los mil juguete que al mimado infante
una hada buena de París le envía.

Queríalos todos. Acudió el delirio
a su cerebro; su pupila riente
lanzaba un claro resplandor de cirio.

Posó la mano en la vidriera dura
y algo muy triste le anubló la frente:
no tenía madre la infeliz criatura!

HIMNO PASCUAL

Vienes, Rey manso, bajo palmas
sobre el lomo de tu borrica,
y en la campana que repica
suenan los coros de las almas.

Los palmares giran risueños:
¡aleluya! ¡aleluya!
Regocíjense los pequeños
y tu gracia los retribuya.

Enclavado sobre la roca,
son tus miradas pensativas;
cabe el leño, para tu boca,
salta una fuente de aguas vivas.

Blandamente baje la noche
a tus ojos; en ellos fluya
una lágrima sin reproche:
¡aleluya! ¡aleluya!

Brilla tu faz con luz serena
y te amortaje un lienzo pulcro;
el unguento de Magdalena
te embalsame para el sepulcro.

En la penumbra que te encierra
calmado sueño te circuya,
huésped ligero de la tierra:
¡aleluya! ¡aleluya!